

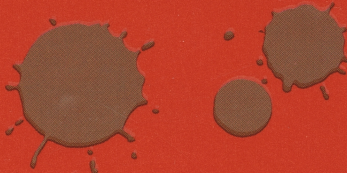
NO
hagas preguntas

LA VIDA SECRETA DE
LAS MUJERES DE LA MAFIA



CLARE LONGRIGG

EDICIONES B



Carmela Soprano encarna nuestra imagen de mujer de la mafia americana: una leal madre de familia, devota de los suyos y su Iglesia y, por supuesto, de la exquisita cocina italiana. Pero dejando a un lado su cabello bien peinado y sus uñas pintadas, la mujer de la mafia es astuta, inteligente y, a veces, moralmente en conflicto con respecto a su papel en el mundo de su marido. Tomando como referencia a las mujeres nacidas dentro de «la familia», y a aquellas inexplicablemente atraídas hacia ella, Clare Longrigg ofrece en *No hagas preguntas* la primera e inaudita visión de un mundo ferozmente privado y letalmente complicado para llegar hasta el fondo de su compleja existencia. No en vano para su investigación sobre el papel de la mujer en la actual mafia americana Clare Longrigg se ha basado en su excepcional acceso a estas mujeres a la sombra de la Cosa Nostra.

Desde Nueva Jersey hasta Chicago, desde Miami hasta Los Ángeles, la autora ha entrevistado a las esposas, madres, hijas y amantes de estos «hombres hechos de honor» para descubrir cómo actúan en este mortífero inframundo. Algunas se sienten irresistiblemente atraídas por los hombres peligrosos —como Camille Serpico, cuyo primer marido era un asesino, o como Lana Zancocchio, hija de la famosa familia Bonanno—. Otras, como Brenda Colletti, toman partido en actividades criminales al lado de sus hombres, encubriendo hechos a la policía y tramando algunos golpes para la mafia. Pero también las hay que se han rebelado, como es el caso de Betty Tocco, quien, con el fin de apartar a su hijo de una vida de crímenes, fue capaz de aliarse con los federales para que condenaran a su mafioso marido a que cumpliera una pena de doscientos años de cárcel.

ISBN 84-666-2045-1



9 788466 620451

81280084



EDICIONES B
GRUPO ZETA

Clare Longrigg es la autora
de *Mafia Women*, una obra
sobre el papel de la mujer
dentro de la mafia italiana.
Escribe para los diarios *The
Independent* y *The Guardian*
de Londres, donde reside.

Introducción

Los retratos de las mujeres de la mafia en la cultura popular suelen ser tan exagerados que con frecuencia llegan al extremo de lo cómico. Se las reconoce al instante por la gruesa capa de maquillaje, el bronceado permanente, las melenas cardadas y teñidas de rubio platino y unas uñas demasiado largas y adornadas para haber estado trabajando durante todo el día. Parte de la comedia fácil de las mujeres de la mafia es que se mueven en bandadas de intenso colorido: acuden en manada a los encuentros sociales mientras sus maridos se retiran a hablar de negocios. En los clubes nocturnos, son conducidas en rebaño a cabinas custodiadas por matones mafiosos, como si fueran bolsos de diseño. Son mujeres que, sin reparos a la hora de alardear en público de su riqueza, representan un contrapunto sumamente llamativo y casi irrisorio al violento submundo sobre el que se asienta el estatus de sus maridos.

Sin embargo, en otros aspectos, las mujeres de la mafia resultan casi invisibles. Han quedado tradicionalmente excluidas del sanctasanctórum masculino del crimen organizado, al margen de las acciones violentas, y ninguna de ellas ha sido jamás nombrada miembro de la Cosa Nostra. Asimismo, las mujeres de la mafia han obtenido escaso protagonismo en las investigaciones criminales. Si una mujer de la mafia abre la puerta cuando un detective de la policía llama al timbre, es porque co-

noce las normas: no sabe dónde se encuentra su marido ni cuándo regresará a casa. Oficialmente, desconoce por completo la actividad delictiva de su marido. Nunca hace preguntas y, si las hiciera, tal vez recibiría una bofetada, pero nunca una respuesta. Es posible que en realidad posea una gran cantidad de información, pero no dirá nada. Segura tras ese velo de desconocimiento, sólo se espera de ella que se convierta, como máximo, en testigo muda de los asuntos de su marido.

Cuando a principios de los años noventa comencé a investigar para escribir un libro sobre las mujeres de la mafia italiana, descubrí que la realidad distaba mucho de ese estereotipo cultural. Eran unos años de gran agitación en Sicilia que quedaron marcados por la tragedia: en 1992 dos jueces antimafia, Giovanni Falcone y Paolo Borsellino, fueron asesinados por la mafia. Poco tiempo después, una joven de diecisiete años llamada Rita Atria se suicidó. El padre de Rita había pertenecido a la mafia y su propio clan lo había ejecutado tras una discusión provocada por una operación de droga. A su hermano lo habían asesinado porque había jurado que vengaría la muerte de su padre. Al poco tiempo supe que Rita había cooperado con el juez Borsellino y le había facilitado información sobre la actividad mafiosa que se desarrollaba en su ciudad natal. La de Rita fue sólo la primera de las muchas historias que ponían de manifiesto que el papel de las mujeres en la mafia revestía una importancia muy superior a la que nadie hasta entonces le había atribuido.

Tras el asesinato de los dos jueces italianos, los magistrados comenzaron a adoptar medidas drásticas contra el crimen organizado y enviaron a muchos mafiosos a prisión a cumplir largas condenas. Durante el tiempo en que los hombres estuvieron apartados del campo de acción, se produjo una tremenda transformación: las mujeres tomaron el mando de las operaciones cotidianas en las organizaciones criminales de sus maridos. A lo largo de mi investigación, di con una mujer que había dirigido una banda de narcotraficantes en Nápoles, otra

que traficaba con armas y controlaba la guerra de guerrillas entre familias que se libraba en la montañosa Calabria, y una mujer que había llegado a organizar un asalto con bombas en Sicilia. La mafia italiana, sin duda más preocupada por los asuntos prácticos que por mantener los roles tradicionales, había decidido aprovecharse de la extendida creencia de que las mujeres no se involucran nunca en el crimen organizado y las había puesto a trabajar.

Hasta la década de los noventa, la mayoría de los jueces italianos creía que las mujeres de la mafia tenían la obligación de obedecer a sus maridos, quisieran o no. Así pues, a las mujeres no se las consideraba responsables de sus actos y quedaban exentas de juicios morales o acciones legales. Una sucesión de testimonios de mujeres que decidieron cooperar logró al fin convencer al mundo de que las mujeres ejercían una influencia mucho mayor sobre sus maridos de la que hasta entonces se creía. «Una mujer es capaz de conseguir que su marido haga todo lo que ella desee —afirmó la cuñada de Rita Atria, que también cooperó—. Las mujeres de los mafiosos lo saben todo.» A medida que se fue incrementando el número de magistradas en los departamentos superiores de los juzgados, la creencia de que las mujeres no tenían responsabilidad moral se fue desvaneciendo.

A pesar del deseo de la magistratura italiana de mantenerlas como testigos cooperantes, y de los esfuerzos de grupos de mujeres para alentarlas a la rebelión contra el sistema patriarcal y violento de la mafia, las mujeres, más incluso que los hombres, expresaron su profunda adhesión a los valores de la Cosa Nostra. Conocí a mujeres que hablaban con nostalgia de los tiempos gloriosos de la mafia, cuando los hombres de honor eran dignos de su nombre. En 1994, una agencia de noticias italiana se sorprendió al recibir una llamada de teléfono de una mujer siciliana llamada Giusy Spadaro. Ella y su cuñada querían realizar unas declaraciones públicas condenando a sus maridos, los soldados de la mafia Emanuele di Filippo y su

hermano Pasquale, que habían sido detenidos recientemente y habían comenzado a cooperar con las autoridades. «Estarían mejor muertos, sería mucho mejor que los hubieran asesinado —declaró Spadaro—. De esta forma es una deshonra para mí. Habría sido mejor que lo mataran.»

Cuando comencé a indagar sobre las historias de las mujeres de la mafia estadounidense, me dijeron que, a diferencia de sus hermanas italianas, no desempeñaban ningún papel en el crimen organizado. Las familias italoamericanas, según me informaron, tendían a ser conservadoras y a mantener las tradiciones de la vieja patria, incluidas aquellas costumbres que sus homólogos europeos habían abandonado hacía tiempo. A mí, por supuesto, me habían hecho creer lo mismo en el sur de Italia, donde la imagen clásica de la esposa de un mafioso es una mujer vestida de negro que pasa sus días removiendo la salsa de la pasta y contemplando la calle tras unos visillos. Después de haber descubierto la verdad acerca de las mujeres italianas, intuía que la situación en Estados Unidos podría depa-
rar sorpresas y complejidades.

Había una serie de cuestiones específicas que deseaba averiguar sobre las mujeres estadounidenses relacionadas con el crimen organizado. Me interesaba saber si las mujeres de la mafia eran, en realidad, tan pasivas como sugerían los retratos que la cultura popular hacía de ellas, si desconocían las actividades ilegales hasta el punto que ellas afirmaban desconocerlas y, si éste era el caso, cuál era el precio emocional que pagaban por ello. También me preguntaba si la inmunidad legal de la que históricamente disfrutaban las mujeres de la mafia continuaría predominando en Estados Unidos, donde un número cada vez mayor de mujeres ocupan altos cargos en la magistratura. Tales interrogantes me llevaron a investigar, como no podía ser de otro modo, los orígenes de la mafia estadounidense y los rasgos que la distinguen de su homóloga italiana.

Los italianos, que al igual que los irlandeses y los judíos llegaron por millares a Estados Unidos a comienzos del siglo xx, eran en su mayoría hombres tenaces de grandes aspiraciones. La legislación estatal no contemplaba a los inmigrantes y aquello provocó que se sintieran excluidos del nuevo sistema. Como consecuencia de aquel malestar nació la Cosa Nostra, como se llamó en un principio en Estados Unidos, un colectivo que estableció su propio sistema de justicia. En la primera escena de *El padrino*, Don Corleone es quien da las órdenes, quien ofrece consejo y favores a los agradecidos italianos. El nuevo sistema social surgido a partir de la Cosa Nostra estaba presidido por hombres capaces de ejercer una violencia extrema y se sustentaba en la lealtad, el miedo y una brutalidad atroz.

Cuando uno experimenta una evolución como la de los italoamericanos que se establecieron en Nueva York, primero en bloques de pisos en Lower East Side, después en pequeñas casas en Brooklyn y por último en mansiones y grandes extensiones de terreno en Staten Island y Nueva Jersey, resulta menos arduo recorrer el camino, la vida se vuelve más cómoda y los jóvenes acaban familiarizándose con el lujo. De ahí que con el paso del tiempo la mafia dejara de concebir sus operaciones como una cuestión de supervivencia para pasar a considerarlas una vía para ejercer el poder y obtener beneficios materiales. La mayoría de los mafiosos han abandonado el falso discurso de la defensa de los viejos valores referentes al honor y, hoy, todo se reduce a una cuestión de dinero. La mafia sigue ejerciendo su influencia mediante la amenaza de violencia, pero ya no lo hace con la pretensión de administrar justicia.

En Estados Unidos, los capos de la mafia disfrutaban de su fortuna a lo grande. En cuanto un capo dispone de medios económicos, se construye una mansioncita a las afueras para que sus hijos puedan repanchigarse en la piscina y su esposa acuda a la peluquería en su Cadillac deportivo. Paul Castellano se construyó una de estas mansiones en Staten Island. Conocida como la Casa Blanca, la suntuosa residencia, que costó tres mi-

llones y medio de dólares, contaba con suelos de mármol, espejos dorados y lámparas hechas con estatuas renacentistas.

Un don de la mafia, a medida que va enriqueciendo y consolidando su poder, tiende a adoptar un estilo de vida que refleje su nuevo estatus. El mafioso bronceado con gafas de sol de Armani, traje de marca y llamativo reloj de oro, con un puro en una mano y una rubia platino en la otra, se ha convertido en un personaje habitual del imaginario estadounidense. Sin embargo, aunque los mafiosos italoamericanos de segunda y tercera generación han conseguido abrirse camino y seguir los pasos de sus antecesores, en muchos aspectos no son sino pobres réplicas del viejo estilo de capo mafioso homenajeado por Hollywood y la pequeña pantalla. El periodista George Anastasia afirma en su libro *The Goodfella Tapes*: «Valoran la forma por encima del fondo. Disponen de un escaso sentido histórico. Conciben la satisfacción inmediata como un derecho inalienable. Y han demostrado una y otra vez ser incapaces de enfrentarse a las adversidades.»

La lenta y prolongada decadencia del crimen organizado en Estados Unidos está hoy en día bien documentada, y la figura del capo de la mafia abatido por el estrés y acorralado ha acabado convirtiéndose en un estereotipo cultural. Sin embargo, tras estos iconos familiares subyace un drama psicológico más difícil de interpretar. Este drama gira, en buena parte, en torno al cambiante papel de las mujeres en la mafia.

Aunque tradicionalmente las mujeres han quedado relegadas a un segundo plano dentro de la mafia, se han visto obligadas a aceptar los valores de violencia que imperan en ella. Cuando se aborda este tema se suele adoptar una postura moral escurridiza con justificaciones tales como: «Sólo se matan entre ellos» o «Seguramente todo el que recibe una paliza es porque se la merece». Con frecuencia estas excusas son síntoma de un profundo desasosiego. ¿Se sienten bien las mujeres de la mafia al gastarse el dinero de sus maridos a sabiendas de que lo han obtenido por medios violentos? ¿Cómo se recon-

cilia con su pasado la hija que quiere a su padre cuando éste es un asesino? ¿Qué le dice una madre a sus hijos cuando son tantos los episodios atroces de la historia de la familia?

Y por si estas cuestiones no fueran reclamo suficiente, los asuntos domésticos de los mafiosos se hallan actualmente, y más que en ningún otro momento, expuestos a la atenta mirada del público. Si *El padrino* envolvió la mafia de glamour, la serie *Los Soprano* la ha convertido en un fenómeno cercano. Gracias a las modernas técnicas de vigilancia (y, lo que es más importante, a la vanidad de los propios mafiosos), la mafia estadounidense ha dejado de ser una sociedad secreta. Las hijas de los mafiosos se han convertido en figuras mediáticas. Los desertores de la mafia han escrito libros de memorias en los que revelan hasta el más íntimo de los detalles.

Desde los días de *El padrino*, en que Michael Corleone le cerraba la puerta en las narices a su esposa Kay mientras atendía los negocios, también el papel de las mujeres de la mafia ha sufrido una transformación. Muchas personas coinciden en que el personaje de mayor complejidad e interés de *Los Soprano* es Carmela, la esposa del capo. Aunque ha aceptado su situación, se trata de un personaje atormentado por las dudas morales: ¿Cómo puede justificar una mujer religiosa, dedicada a la familia, el estilo de vida de su marido o su tipo de trabajo? ¿Hasta qué punto ella es cómplice? ¿Y cuántos de sus propios valores se ha visto obligada a sacrificar en aras de la riqueza y del poder de su marido?

Las vidas de muchas mujeres de la mafia se basan en tales incertidumbres y sacrificios. Rosalie Bonanno, la esposa de Bill, describe en sus memorias la sumisa actitud de su suegra, que vivió durante meses oculta en un sótano para evitar que la llamaran a testificar, protegiendo así a su marido, Joe Bonanno. Aunque Fay Bonanno fue una servidora incondicional de la causa, la posición de Rosalie trasluce una mayor rebeldía: expresa su indignación ante las infidelidades, los deslices financieros, las prolongadas ausencias y la exigencia desproporcionada

de su marido. Rosalie reconoce que una Nochevieja, cuando se enteró de que habían detenido a su marido tras permanecer varios meses en búsqueda y captura, sintió una siniestra satisfacción: «No sólo me enteré de dónde estaba mi marido, sino que por una vez en mi vida supe qué hizo en Nochevieja.»

Pero independientemente del estado de la relación matrimonial y de cuántas amantes tenga el marido, la tradición dicta que la mujer de un mafioso debe responder a las expectativas cuando su marido ingresa en prisión. Una de las mujeres de este libro, cuyo marido ha pasado en la cárcel buena parte de los últimos treinta años, ha luchado sin descanso por su liberación, a pesar de que ya no lo ama. Ella afirma, con pleno convencimiento, que su marido fue encarcelado injustamente y considera, guiada por un sentido de la responsabilidad más profundo que sus sentimientos hacia él, que su deber es lograr que anulen la sentencia.

«A mí me importa un bledo lo que le pase —admite la mujer—, pero le tendieron una trampa, es el padre de mis hijos y no hay más que hablar. No es justo.»

Un rasgo dominante en la vida de varias mujeres de la mafia que aparecen en este libro es el control, o la falta del mismo. Las familias de la mafia se enfrentan permanentemente a contiendas que tienen su origen en el ámbito del crimen organizado o en redadas policiales. En un momento dado y sin previo aviso, puede que una familia se vea obligada a hacer las maletas y darse a la fuga. Si un mafioso decide alcanzar un acuerdo con el gobierno, su esposa no tendrá más elección que entrar con él en el programa de protección de testigos siempre que, claro está, quiera volver a verlo.

Aunque las mujeres de la mafia se hallan a menudo atrapadas por las circunstancias, son aun así muchas las que han logrado tomar las riendas de su vida. Durante la investigación y las entrevistas que realicé para este libro, descubrí que las mujeres habían tenido que batallar muy duro para conseguir cierta igualdad de posiciones dentro de un mundo eminentemente

masculino como el de la mafia. Sin embargo, las esposas e hijas aquí retratadas no permanecieron calladas o sumisas ante las exigencias de sus padres y esposos. Más bien al contrario, la mayor parte de estas mujeres han logrado sobreponerse de un modo admirable a las vicisitudes de la vida en la mafia. Muchas han llevado a cabo un arduo proceso de adaptación a los aspectos más oscuros del crimen organizado o bien, al darse cuenta de que no había escapatoria, han explotado su privilegiada posición en beneficio propio. Sólo una de las mujeres de este libro rechazó de plano la vida en la mafia y traicionó al capo del que un día estuvo enamorada, pero pagó un alto precio por ello. Éstas no son historias de sacrificios (la nueva generación de mafiosos no está, en modo alguno, versada en el conocimiento de ese término). Éstas son historias de rebelión y autoafirmación, tan impactantes y dispares como las mujeres que las protagonizan.

Las hijas de la mafia a las que he entrevistado se han definido a sí mismas, salvo escasas excepciones, con relación a la influencia opresora de sus padres, de los que intentaron con tenacidad obtener su aprobación a pesar de que nunca llegaron a ser admitidas en su mundo. A diferencia de la mayoría de los hijos varones, una hija no está obligada a formar parte de la organización, pero tampoco se le concede la libertad de tomar sus propias decisiones. Aun cuando pesa sobre ella la desgracia de haber heredado el carácter dominante de su padre, no se le consiente que tenga ambiciones en el mundo del crimen. Debe encontrar otro modo de imponerse, de controlar aquellas facetas de su personalidad que la hacen parecerse a su padre, y evitar al mismo tiempo que el legado de su antecesor le arruine la vida. Así pues, lo que pretendo mediante la narración de las historias de las hijas es ofrecer su punto de vista y no el de sus padres o maridos (quienes, en buena parte de los casos, se hallaban muertos o encarcelados).

Muchas hijas de conocidos criminales han utilizado la fama de sus padres en beneficio propio, convirtiendo la posi-

ción de hijas de mafiosos en una profesión. Con frecuencia la forma de llevarlo a cabo sirve para ensalzar la función del padre como pilar de la familia: un hombre trabajador que ha mantenido siempre a su mujer y a sus hijos. Cuando el mafioso muere, puede que su hija consagre el resto de su vida a intentar recrear la misma atmósfera enrarecida de su infancia, la época en que pudo disfrutar de la fuerza y la generosidad de su padre. No obstante, hay casos en que la figura del padre no recibe un trato tan benévolo. Una de las mujeres, por ejemplo, lejos de erigirse en defensora pública de su padre, cuestionó la autoridad de éste durante toda su vida. Lo calificaba permanentemente de psicópata. Lo provocaba de manera constante, incluso lo amenazaba y le pedía que la reconociera como persona de pleno derecho. Probablemente ella fue la única persona que se atrevió a enfrentarse a él de ese modo.

En cuanto a las esposas de los mafiosos, suele observarse en ellas una tendencia menor a desafiar a sus maridos o a aprovecharse de su fama de delincuentes. El difunto John Gotti vivió de una forma extravagante y ostentosa, algo poco habitual en los mafiosos. Atraía todas las miradas hacia su persona mientras que su mujer permaneció en la sombra en todo momento y se ciñó al guión tradicional (en una ocasión digna de recordar la señora Gotti comentó a los investigadores: «No sé a qué se dedica. Lo único que sé es que nos mantiene.»). Sin embargo, Victoria, la hija de Gotti, superó a su padre en popularidad en la prensa y se convirtió en una personalidad mediática sustentada únicamente por el peso de su apellido.

Cuando conversé con la viuda de un mafioso de Nueva York y después con su hija, me asombró la forma tan distinta en que les había afectado la experiencia. La viuda, que había afrontado desastres económicos y el encarcelamiento constante de su marido, se mostraba resignada con su destino. A lo largo de los diferentes periodos que él había pasado en prisión, había cumplido con su obligación y había llevado a los niños a visitarlo siempre que le habían dado permiso para hacerlo. A

pesar de que ya no lo quería y detestaba la vida que llevaba, cada vez que lo trasladaban sin previo aviso a otra prisión, afirma: «Allí estaba yo.»

Su hija, sin embargo, profesaba una fidelidad inquebrantable a la memoria de su padre y estaba indignada. Su rabia contra el sistema había estallado definitivamente durante la última vez que había ido a visitar a su padre enfermo a la prisión, donde comenzó a despotricar contra los vigilantes y estuvo a punto de provocar un motín entre las familias de los presos (su madre, por el contrario, se describe en las visitas a la cárcel como una mujer «modosita que ponía buena cara a todo sin rechistar»). La hija se sentía ofendida por el modo en que las autoridades habían tratado a la familia. Aún entonces continuaba enfadada por un registro policial que habían efectuado en su casa unos años atrás, en el que su habitación había acabado patas arriba y todas sus posesiones, incluido el contenido del cajón de la ropa interior, desparramadas por el suelo.

No todas las mujeres de la mafia han nacido en el seno de la organización. Algunas se introducen en la mafia en una etapa más tardía de su vida y en general tras una infancia normal. Lo que impulsa a la mayor parte de ellas a acercarse a ese submundo es la emoción de una vida al margen de la ley y una atracción aparentemente irresistible hacia los hombres peligrosos. Los delincuentes han sentido siempre una inmensa fascinación por las mujeres que desean romper con la vida represiva de provincias, por quienes conciben la ilegalidad como una cura contra el aburrimiento. En una de las primeras escenas de *Bonnie and Clyde*, Clyde trata de convencer a Bonnie de que regrese a la seguridad de su hogar en lugar de arriesgar su vida en la carretera con él.

—No tendrás ni un instante de paz —le advierte él.

—¿Me lo prometes? —contesta ella.

El atractivo del estilo de vida mafioso se ha visto reforzado en la actualidad por nuestra moderna obsesión por la popularidad, capaz de convertir a un mafioso de poca monta en

un héroe proscrito. Absorta en la emoción que le proporciona el estrellato de su marido, la esposa o novia de un mafioso puede subsistir sin problema durante años gracias a la fama, al poder y al dinero de éste sin cuestionar jamás su propio papel en la relación.

Con el tiempo, sin embargo, puede terminar cansándose de ocupar una posición marginal y aprovechar cualquier oportunidad que le ofrezca la mafia para abrirse camino y alcanzar sus propias aspiraciones, con el reto que ello supone dentro de la cultura eminentemente masculina que ella misma ha elegido. Estas mujeres que tal vez comienzan su viaje como pasajeras de las trayectorias mafiosas de sus maridos, acaban convirtiéndose en cómplices; quizá porque están ya curtidas —la mayoría tiene al menos un amigo o pariente cercano que ha sufrido un final violento—, o tal vez porque tiene habilidad para hacer dinero. En Italia, el éxito en la profesión de mafioso no depende tanto de los vínculos familiares como de la capacidad y el carácter. En Estados Unidos, este mismo baremo puede aplicarse también, hasta cierto punto, a las mujeres. Así pues, una mujer con la misma ambición que su marido hallará el modo de involucrarse en el negocio de la mafia.

La mayoría de las mujeres que aparecen en este libro buscaban dentro de la mafia una forma de abrirse camino colaborando en los negocios de sus maridos o bien ejerciendo influencia en el terreno familiar. De todas ellas sólo una decidió declarar una guerra a muerte. Después de quince años de matrimonio, no pudo soportar por más tiempo los crímenes y la agresividad de su marido y tomó la determinación de impedir que su hijo siguiera sus pasos. La única vía para escapar a salvo con su hijo era destruir a su marido. En el proceso, concentró su lealtad y afecto en el FBI. Su relato es una historia de un coraje colosal, un auténtico calvario que la llevó a perderlo todo a cambio de recuperar las riendas de la vida de su hijo.

Los matrimonios de la mafia que han sobrevivido a la tensión de una vida de delincuencia —la violencia, las conspira-

ciones, la constante amenaza de peligro— suelen presentar, no obstante, unas dificultades extremas a la hora de desenvolverse en la normalidad de la vida de provincias, y eso siempre y cuando se les incluya en el programa de protección de testigos. Una pareja en la que ambos optan por huir juntos deberá subsistir a partir de entonces por sus propios medios. En las ocasiones en que el matrimonio se basa en la igualdad de la pareja y la mujer asume responsabilidades por la vida delictiva de su marido, el matrimonio suele ser capaz de aguantar el tirón. Sin embargo, si las actividades del marido, o la decisión de la mujer de tolerarlas, causan profundos remordimientos a esta última, el desenlace suele ser la disolución del matrimonio.

Los perfiles biográficos del presente libro presagian el nacimiento de una generación de mujeres más firmes y menos dominadas por el miedo y el resentimiento. Tras largo tiempo de implicación en la gestión financiera de la mafia (las cuentas bancarias y la propiedad de terrenos de una esposa proporcionan una tapadera perfecta para los ingresos ilegales de su marido), en la actualidad las mujeres desempeñan un papel más activo e importante dentro de la Cosa Nostra. No todas estas historias tienen un final feliz y tampoco puede decirse que las protagonistas hayan elegido su destino con plena libertad. Sin embargo, a medida que evoluciona su papel y nos familiarizamos con sus vidas, asoma tras los estereotipos culturales una imagen más intimista de las mujeres de la mafia. Conforme las observamos en su lucha por tomar las riendas de los dramas emocionales que las envuelven, dejan de ser caricaturas. Se revelan como seres humanos.